

Luciérnaga nº83

BOLETÍN DE LA BIBLIOTECA DEL IES LUIS DE LUCENA



Buscando información para hacer este número de la Luciérnaga, he encontrado muchas noticias sobre niños y niñas que no pueden celebrar este día en sus escuelas porque no tienen escuelas. Son niños y niñas que viven en lugares donde los conflictos bélicos les impiden tener una vida normal y mucho menos una educación adecuada. También hay artículos que te informan de lugares donde a las niñas se les impide estudiar porque tienen otra tarea "casarse". Mis alumnos se sorprenden cuando al hablar de la antigua Roma y la antigua Grecia les enseño que las niñas no tenían acceso a la misma enseñanza que los niños, pues su tarea era aprender a ser madres y esposas. Pues bien estamos en el siglo XXI y todavía hay lugares donde las mujeres tienen vetado el estudio.

Así que poder celebrar el día de la no violencia en las escuelas tiene para nosotros que podemos una doble finalidad poner nuestro granito de arena para que en el futuro haya paz y ser la voz de aquellos que no pueden opinar, ni festejar este día.

Dice un refrán "Nadie sabe lo que tiene hasta que lo pierde". Nuestros alumnos se quejan de tener que madrugar, asistir a las diferentes clases, estudiar, ...No saben lo afortunados que son, que sois. Os voy a copiar aquí la historia que cuenta el periódico El Mundo sobre Nisreen Khalil, y dice así:

15 de marzo de 2019

Hoy se cumplen ocho años de la guerra en Siria, un conflicto que afecta a ocho millones de niños. De ellos, cinco millones siguen dentro del país y más de 2,5 están refugiados en los países vecinos. Más de dos millones no va a la escuela.

Mi historia comenzó cuando tenía 15 años. Vivía en una pequeña comunidad conservadora, donde **no era raro que a las niñas se les negara el derecho a estudiar tras la educación secundaria.** Todavía recuerdo mis últimos días en la escuela. Lloré cuando dije adiós a mis profesores y a mis amigos.

Con 22 años me casé y tuve tres hijas preciosas: **Dalaa**, que ahora tiene 11 años, Alma, de 8, y Tala, de 4. Cuando la violencia aumentó en nuestro barrio, Assukari, en el este de Aleppo, no tuvimos más opción que huir. Fuimos de un sitio a otro y, durante un tiempo, encontramos la seguridad en Damasco.

Gastamos nuestros ahorros en un alquiler muy alto y apenas teníamos dinero suficiente para conseguir lo básico. No obstante, siempre me aseguré de que Dalaa, la mayor, fuera a la escuela, independientemente de dónde estuviéramos y sin importar cuántas veces tuviera que cambiar de colegio. Sabía que la educación es la única cosa que salvará su futuro.

Hace casi dos años, tras una tregua de la violencia en Aleppo, las niñas y yo regresamos a vivir con mis padres. Mi marido se fue a vivir a Líbano, donde trabaja para mandarnos ayuda. Yo volví a mi barrio de siempre, pero de pronto mi vida era distinta.

Empecé a ir a sesiones para madres apoyadas por UNICEF en un centro comunitario cercano a mi casa. Hablábamos de todo, desde salud y cáncer de mama hasta derechos de la infancia, matrimonio infantil y trabajo infantil. Me sentí empoderada simplemente por acudir a estas sesiones. Tenía unos conocimientos que podía compartir con otras mujeres y madres para su beneficio y el de sus hijos.

Inmediatamente, matriculé a Dalaa y Alma en la única escuela operativa de la zona. Un día, cuando fui a recogerlas, me quedé en 'shock': vi aulas con más de 150 niños, apiñados en un espacio diminuto. La mayoría de los niños, incluidas las mías, estaban sentados en el suelo, donde apenas podían ver la pizarra. Los profesores me contaron que muchos de los niños se habían perdido años de educación y habían quedado por detrás. Algunos estaban a punto de dejar la escuela definitivamente. Como madre y como alguien que tuvo que abandonar su sueño de estudiar, supe que tenía que hacer algo, especialmente porque los padres no pueden pagar clases privadas de recuperación a sus hijos.

Y así es como se me ocurrió abrir un centro de clases de recuperación para niños en riesgo de abandonar la escuela. Animé a los jóvenes de mi comunidad a unirse a la causa, poniéndome a mí como el ejemplo viviente de alguien que no ha tenido acceso a más educación.



Juntos hicimos una formación sobre emprendimiento -también apoyada por UNICEF- y, cuando terminamos, recibimos una financiación inicial para abrir un centro. Seis profesores del barrio se ofrecieron voluntarios para enseñar a los niños. Limpiamos el local entre todos y pintamos las paredes con dibujos coloridos.

Desde la primera semana tuvimos 300 alumnos de 7 a 14 años en dos turnos tras el horario escolar. Impartíamos las clases en inglés y en árabe para ayudarles a ponerse al día con el temario que se habían perdido. Estaba impresionada por la determinación de los niños de seguir con su educación pese a todo lo que habían vivido.

Un niño de 10 años, Mohammad, va a clase en los descansos de su trabajo en una sastrería. Se ve obligado a trabajar para ayudar a su familia tras la muerte de su padre. Incluso aunque no podía ir a la escuela, aprendió a leer y a escribir en nuestro centro.

El centro sigue necesitando mucho trabajo y fondos para asegurar su sostenibilidad, pero estamos haciendo todo lo que podemos para mantenerlo en funcionamiento. Este centro ha despertado mi sueño de continuar con mi educación. Ahora lo revivo cada día a través de los niños que vienen al centro.

THE SHOEMAKER OF DRATEWKA

Traditional Polish tale

Do you like animals? Do you think they help us to conserve and respect nature?



A young shoemaker left his village. Along the way, he found some ants, who were very sad because a bear had destroyed their anthill. The shoemaker helped them rebuild it, and the ants offered to return the favor.

The shoemaker followed his way and found some bees with the same problema as the ants. The young man also helped them, and the bees promised to help him in the future.

Further along, the Shoemaker learned that the king's daughter was in the castle of a witch. The young man decided to rescue her. But the witch locked him up in a stinking dungeon with a sack of sand mixed with poppy seeds and told him that if he wasn't able to separate the two, she would cut off his head at dawn. But his friends the ants came and helped him pass the test. The witch was astounded.

Then she took him to a room where there were thirteen maidens with their faces covered: the shoemaker had to discover which one was the princess. The young man became discouraged but he saw a bee that landed on... the sweetest one, the true princess. When the shoemaker uncovered her face, the witch was changed into a crow.

The young people fell in love and lived surrounded by animals and poppies.

It's always better to help than go by without stopping because we never know what the future can bring us.



(Cuentos del mundo Sofía Sánchez Adalid)